

**Rosendo Tello Aína** (Letux, 1931), es doctor en Filología Hispánica, Catedrático de Instituto y autor de numerosos poemarios. De **“Meditaciones de medianoche”** y de **“Augurios y Leyendas”** podremos leer en este mismo documento algunos poemas. **“Las Estancias del Sol”** tienen cada una de ellas una extensión considerable. Me gustaría, dentro de algún tiempo, mostrar alguna de las nueve: la “Cuarta Estancia” completa, por ejemplo.

Rosendo Tello colaboró en las actividades literarias y culturales del grupo poético NIKÉ, con Miguel Labordeta, entre otros. En “Orejudín”, una de las publicaciones del grupo, aparecieron sus primeras composiciones poéticas.

El poeta es *Premio de las letras aragonesas, 2005*, por “el rigor formal y el ineludible sentido de la armonía, de la elegancia, de la exquisitez y de la belleza visual”. Es considerado como uno de los grandes poetas de Aragón. Su lírica, de variada inspiración, imaginativa, goza de una exquisita musicalidad. No hay que olvidar que la música ha sido su otra pasión. Toca el piano y desde niño acompañaba a su padre a la guitarra. La música le preparó para la poesía, según el mismo afirma. “La música es una forma sin contenido, es pura forma, y la poesía cuando más se parece a la música es mejor poesía, es puramente poesía”.

Hace sólo unos días, en la Feria del Libro de Zaragoza, tuve la oportunidad de agradecer a Rosendo Tello, personalmente, el que algunos de sus poemas hoy estén aquí. El pasado 13 de junio de 2007 se inauguró la biblioteca municipal de Peñaflores que lleva el nombre de Rosendo Tello.



## De **MEDITACIONES DE MEDIA NOCHE (1982)**

### CAMPANAS EN LA NOCHE

Desciende de la noche con el alba.  
Con tambores lejanos  
me llama el corazón por las riberas  
que tejieron los pájaros.  
A orillas de las viñas hechizadas,  
al pie de los senderos plateados  
por la azorada sombra de olivares,  
me tiembla el corazón con el ensalmo  
de tierras maternas de una patria  
dormida, pueblo mío, mi pueblo ensimismado.  
Prendido tengo el viento a la memoria,  
tendido como un árbol  
por un río de piedras alazanas,  
besándome los labios  
con ecos de campanas en la noche,  
bandas de mar sobre un acantilado.  
Prados adormecidos de mi infancia,  
calles sumidas en un sueño blanco,  
chimeneas alzadas por el fuego  
de un viento encadenado.  
Tiempo de lluvia, lágrimas  
del cielo reclinado entre los álamos  
deslumbran ventanales de esperanzas  
con su cristal rizado.  
De niebla y noche y viento se me llenan  
los ojos escombrados;  
de muros y cadenas y puertas desbocadas,  
el alma abierta al sol como un barranco.

## QUÉ PLAZA ES ESTA

¿Qué plaza es esta que yo he visto en sueños alguna vez? Remota como aquellos sobresaltos de adolescencia y su terrible aparición crepuscular. Tan íntima como aquella vivida en un país de frescos muros, con olor de lluvia y pasajeras ramas, bulliciosas por el túnel del aire vespertino, lejos de sí tras un pagano olor. Aquí nos despertamos sin estar, amándonos, extraños y lejanos de nosotros, pues andábamos errantes bajo pórticos de sombra tan jovial como cernida al soplo de la hiedra, con ruido de olorosas campanillas. Y lo mismo que ahora nos contemplan, tristes y melancólicos, unos ojos que miden el cansancio de la tarde aturdida y silenciosa, allá nos visitaron, dejándonos las manos temblorosas, cansadas, inquieto el corazón tras lento forcejeo. Despertar debería algo que recordar intento con esfuerzo, porque un cielo impasible me golpea con la grave insistencia del otoño. Arcos escalonados por la luz nevada, pórticos humeantes en el amanecer. Y un cielo que abre al aire su plumaje tornasolado por la leve risa de laureles reales al fondo de la noche equinoccial de marzo que allá viví como imposible sueño.

## EL BOSQUE ILUMINADO

*A mi hija*

A tus ojos oscuros asomaba  
y toda su figura preguntaba con un desdén gracioso,  
y yo le respondía sin palabras, sentado avaramente  
en el sillón callando. Y ella me contemplaba  
ausente y silenciosa, detrás de sus muñecas  
enceradas de sombras amarillas, con un aire  
muy serio, como de estar pensando en cuanto yo callaba  
aquello que ni en sueños entreveía.  
Después dialogaba en voz muy baja, a solas,  
relampagueo audaz bajo unas aguas de fondo recogido  
por sus ojos  
y dicho en desconcierto natural. Tenía dudas  
y airosa caminaba por un reino de estrechos laberintos;  
se podría oír su caminar dentro de un bosque  
con un fulgor severo que nunca imaginé. Ahora podría  
traer un río atado a la cintura  
o una luna arañándole los pies,  
o un eco como un pájaro en sus manos,  
o un corazón de niebla deslumbrante,  
o un arcoiris con su flor en cinta  
prendida a sus cabellos.  
Segura de sus juegos, dominante,  
como una diosecilla enajenada.  
Con todo el indomable poderío de su debilidad

## POR ESTOS PRADOS MUDOS

*A mi hijo*

Me llevas, hijo mío, de la mano  
por umbríos senderos hacia un país opuesto  
a aquel que ya perdí. Tienes la magia  
de hacerme regresar con ojos ciegos  
a espacios sorprendidos por tus pasos.

Pasadizos

de encanto con muros encalados, por rincones  
de hiedras y teatros con estatuas de musgo  
y prados sacudidos por un césped  
de campanillas frágiles. Que siempre así te vea  
sin despegar los ojos.

Me llevas de la mano

a un río de salcedos azules, jubiloso,  
hacia un cañaveral de aguas rojizas,  
como si adivinaras el destino que ante tus pasos vuelve  
y débilmente apenas pero, cierto, me hiere  
con cristales de lluvia y espadines de escarcha,  
y un cielo polvoriento sacude el corazón  
que se me va cansado, atolondrado.  
Para poder seguirte extendiendo el alma  
debajo de tus pies; tiendo el oído  
hacia el susurro grave que despiertan  
tus ecos infantiles; la piel de la mirada  
a tus palabras libres de sombra fresca y rubia,  
a tus giros graciosos, acaso giros serios  
al voltear de un tiempo que amedrentado escuchas.

Me llevas, hijo mío, de la mano  
cantándome, cantando por estos prados mudos.  
Que si te sueño pueda, desorientado a un tiempo  
y aturdido,  
dormir y descansar para que tú me veles.

## De **AUGURIOS Y LEYENDAS (2000)**

### **RASTROS SOBRE LA NIEVE**

Vi por primera vez huellas sobre la nieve  
y miré alrededor. No sabía aún si eran huellas  
de hombres o de animales.

Dentro de un claro azul se dibujaban sombras  
y una alondra cantaba en las blancas almenas  
del castillo del aire.

Las huellas se perdían en el bosque  
con el susurro de cañas mecidas por el viento  
y a la luz parecían las pisadas en sombra  
de mujeres desnudas.

Gemían los jacintos al pie de los alberos,  
las estrellas blandían espadines de plata  
sobre un campo de tréboles y en la noche gañían  
animales oscuros.

De pronto un ventisquero, turbiones de cellisca  
empezó a remover las piedras del camino,  
negras de los caminos.

Desde el bosque subía la humareda  
de una hoguera encendida con la seca hojarasca  
de las constelaciones.

## EL MENSAJERO

Lo anunció el mensajero que traía la leña  
de las sierras lejanas, el hombre de las pieles  
y las latas rodantes, espanto de los niños.  
Su sombra se extendía contra un atardecer  
sin sombra y sin memoria.

Sentados en sus sillas,  
al pie de blancos muros, los ancianos,  
con ceguera de augures, vieron brillar un cielo  
de barbas amarillas. Y sus ojos,  
azogue derretido en la luz, leyeron en los árboles  
y en las aguas fangosas  
con mirada de peces.

Sabía el mensajero  
entretejer el aire con sedales de plata  
descifrar los enigmas del amor y la vida,  
del dolor y la muerte.

Una noche entró en casa  
y estuvo largas horas agitando la lumbre,  
pesando la ceniza  
y lanzándome dardos a los ojos.  
Desde entonces no supe subir las escaleras  
sin sentir en la espalda un escozor de espinas,  
como púas de hielo.

Recuerdo algunas noches  
de campanas rajadas en que hablaba de tierras  
donde silban las piedras y sonríen los peces.  
«El monte tiene lámparas y perros solitarios.  
El bosque es una llaga de ladridos y estrellas  
ahorcadas en los árboles»

## CONSOLACIÓN A LA LUNA DE VALENCIA

*en la mejilla de la primera luz  
(F Brines)*

Los momentos sensibles que tanto amé en la vida,  
esas cosas fungibles que abastecen la mente,  
vuelven a mi con su revelación fugaz.

Estar sentado al borde de una mesa con flores.  
bajo la luz filtrada que cae como el oro  
de un alto velador, placer de dioses es.

Un cigarro latiendo entre los dedos cálidos,  
dejar la mente en blanco y ver cómo se pierden  
las aves por el cielo de un abril encantado.

Que no hay felicidad mayor que esta sensata  
mansedumbre de sombra que es saberse  
desprendido de todo, abandonado,  
en soledad concorde.

Y aspirar, replegarse  
con un vaso en la mano, tan libre como el sol  
que enciende los balcones en este atardecer.

Que otros cuenten los días y lamenten los años  
que pasaron en vano soñando otros países,  
que yo estaré esperándoles a la orilla del mar.

Sin más fe que esta libre, dorada intrascendencia,  
la música de estar a solas con la noche.  
Y sentir que el amor es otra cosa.



## AL MENSAJERO DEL ALLÁ

Tú, que vienes de allá, dime qué sabes  
de los altos torrentes y de las madrigueras  
en que sesteaba el sol, de la luz que desciende  
de los fuertes mimbrales de los sueños,  
del palco de las aves que se fueron cantando  
y nunca volverán.

Tú, que bajas desnudo por los despeñaderos  
y las hondas barrancas, dime qué viste allá.  
Qué color tiene el cielo, qué torres levantaron  
los brazos de los hombres.

De las blancas morrenas  
a las sernas batidas por el viento,  
de las lentas cabañas trashumantes  
a la voz del pastor que escruta con sus perros  
los secos herbazales a orillas del pantano,  
dime qué queda ya.

Tú, que vienes de allá, dime si vamos bien,  
si queda algún sendero por explorar,  
si aún esperar podemos bajo la luna negra  
de nuestros sentimientos, si no será un engaño  
el brillo de unos ojos que vieron a otra luz  
la luz de las Estancias bajo el sol.

Tú, que vienes de allá, mojado por la lluvia  
de los altos torrentes y los cielos herrados,  
borrados por el mar.

Zaragoza. 14/06/2007